

JUNTA DE EXTREMADURA Y EMBAJADA DE CHILE
SEMINARIO CHILE 2000
Cáceres, 27-29 de octubre de 1992

CHILE 2000: LAS SOMBRAS DEL MAÑANA

Norbert Lechner
FLACSO-CHILE

I. Desafección ciudadana?

Apenas se restableció la democracia en casi todos los países de América Latina y se instalaron regímenes democráticos en Europa Oriental cuando aparecen señales de desafección ciudadana. Se trata de un fenómeno incipiente que no debemos dramatizar, pero tampoco ignorar. Particularmente en países como Chile, preocupados por consolidar un orden democrático, el eventual retraimiento de la ciudadanía merece una atención especial.

Aproximándonos al fenómeno, lo primero que salta a la vista es su perfil vago. La única señal más precisa consiste en la proporción comparativamente alta (cerca al 10%) de votos blancos y nulos en la elección municipal de junio de 1992. Podrían mencionarse otras señales, pero de interpretación controvertida. Más que reivindicaciones concretas, la supuesta desafección ciudadana expresa un sentimiento de malestar de contenido inasible. Flota en el aire, sin anclaje material visible. Otro rasgo pareciera ser su localización difusa; no se trata de un fenómeno representativo de determinadas clases o

sectores sociales. Por consiguiente, este análisis no puede ser sino una interpretación preliminar, invitando a la reflexión.

En el caso de Chile conviene abordar la posible desafección ciudadana con gran cautela pues contradice la situación económicamente favorable y políticamente estable del país. ¿Qué razones pueden motivar un malestar en un país cuya economía muestra un notable desempeño y que ha llevado a cabo con éxito una compleja transición desde el gobierno de Pinochet a un régimen democrático relativamente afianzado?

En realidad, las causas más conocidas de la desafección ciudadana no operan en Chile. Un motivo "clásico" radica en el grave y rápido deterioro de la situación económica. De hecho, la sociedad chilena se encuentra dividida por fuertes desigualdades sociales, particularmente económicas, que relegan a un tercio de la población a condiciones de pobreza. No obstante, incluso en estos sectores predomina la expectativa que la situación económica individual y del país mejorará en los próximos años. Tales esperanzas de un futuro mejor hacen soportables los sacrificios actuales. Las desigualdades no se están acentuando y, existiendo miseria, no hay una desesperación explosiva.

Otra causa posible sería la frustración provocada por la ausencia de cambios esperados. En efecto, el tipo de "transición pactada" que tuvo lugar en Chile privilegia la estabilidad por sobre los

cambios. No obstante, dado el carácter gradual y previsible del proceso chileno no surgieron expectativas desmesuradas acerca de las transformaciones que trae el advenimiento de la democracia. Por otra parte, el gobierno está cumpliendo las promesas electorales y conserva un amplio respaldo en la opinión pública. De hecho, la situación del país es mucho mejor que lo imaginado al inicio de la transición y prevalece una visión optimista del futuro.

Tal vez tengan razón quienes consideran la supuesta desafección una expresión más de la "normalización" del proceso chileno. Efectivamente los sondeos no señalizan un rechazo a la democracia. Precisamente por funcionar razonablemente bien, la democracia no provoca una adhesión militante; la economía de mercado a su vez, no la requiere. Por consiguiente, se trataría de un fenómeno saludable que refleja el redimensionamiento de la política como un asunto de interés relativo y focalizado en algunos temas. Existe desde luego un desinterés político que es normal y legítimo. Pero me parece prematuro proclamar una completa "normalidad" para descartar fenómenos desconcertantes. Dando un paso más: ¿no tendrá que ver el malestar señalado con esa identificación de "lo existente" con "lo necesario", excluyendo alternativas?

Paradójicamente, en tiempos de grandes cambios como los nuestros, una de las dificultades mayores consiste en imaginar

alternativas. Las dificultades provienen menos de las condiciones específicas del país y más bien de las megatendencias de nuestra época. Pensemos en las tendencias de globalización socavando el marco nacional que tenían los procesos sociales; en los procesos de diferenciación social dando lugar a una complejidad irreductible a una racionalidad única. Pensemos en la desestructuración de los clivajes ideológicos a raíz del colapso del socialismo real. En fin, nuestro tiempo es una época de profundas mutaciones de todo tipo, incluyendo desde luego los códigos interpretativos de la nueva realidad. Mientras tanto, los viejos discursos sobreviven, ocultando los vacíos del momento, pero sin capacidad de iluminar el futuro. Por el contrario, proyectan sombras. Propongo abordar este contexto complejo a través de otro fenómeno extraño: el discurso triunfalista acerca del desarrollo chileno.

II. La ceguera del triunfalismo

Todo triunfalismo es irritante y pernicioso porque suele escamotear los problemas, olvidar los sacrificios realizados y apoyarse frecuentemente en motivos bastardos. Sin embargo, no podemos desconocer que en Chile existe, más allá del justificado optimismo, un triunfalismo sospechoso. ¿Qué esconde la exaltación triunfalista?

Considerando la poderosa influencia que tienen las experiencias y

memorias históricas en el desarrollo de una sociedad, me pregunto en qué medida democracias emergentes como Chile no están condicionadas por un miedo al caos. A mi entender, tal disputa de "orden versus caos" estuvo presente en el golpe de 1973. En los últimos meses de la Unidad Popular la incertidumbre día a día llegó a ser insoportable a tal grado que, al menos en las clases medias, mayoritarias en el país, el golpe militar fue recibido con cierto alivio; era el restablecimiento del orden frente a la percepción de un inminente peligro de muerte. La experiencia democrática vivida como una amenaza vital ayuda a entender la hegemonía fáctica de la dictadura por tantos años. La situación cambia recién en 1987 cuando la oposición democrática abandona la estrategia insurreccional y acepta los mecanismos de transición previstos en la Constitución de 1980. El plebiscito de 1988 es nuevamente una disputa simbólica acerca del orden; de hecho, la campaña autoritaria consiste en anunciar el caos en caso que gane la oposición democrática. Sin embargo, la percepción ciudadana se ha invertido. Ahora se visualiza un peligro de caos en la eventual continuidad de Pinochet, mientras que la democracia es identificada con la defensa del orden. Este contexto determina la "transición pactada" en Chile y da lugar a la llamada "democracia de los acuerdos" (A. Allamand).

La transición se funda en dos consensos básicos: sobre la democracia como orden político y sobre la economía social de mercado como orden económico. Ello implica una serie de acuerdos

tácitos que tienen efectos retroactivos (las violaciones de los derechos humanos quedan amnistiadas o limitadas a la legislación ordinaria) y para el futuro. Entre estos acuerdos tácitos el más significativo es el de privilegiar la gobernabilidad. Es decir, se incorporan a la agenda política solamente aquellos temas que no cuestionan la estabilidad del orden (económico y político) establecido. Se respetan los "amarres" o restricciones legales heredadas, se excluyen materias de connotación ideológica y efectos movilizadores y se encauza la disputa gobierno-oposición dentro de estrategias de conflicto limitado.

Sigue pues presente un "miedo al caos" que se expresa en una extrema sensibilidad a cualquier supuesta o real "amenaza anti democrática". No se combate solamente -con razón y con fuerza- al terrorismo; también se desincentivan críticas y se desactivan discusiones que vitalizan la convivencia democrática. No es una actitud exclusiva del gobierno o del sistema político; particularmente en la opinión pública sigue prevaleciendo un temor a conflictos desestabilizadores. Probablemente las próximas elecciones de 1993 castigarán a los candidatos y partidos que aparezcan rompiendo la unidad, sea de la coalición gubernamental o de la coalición opositora. Más que una muy legítima y realista preocupación por el orden pareciera predominar una negación de los problemas.

En resumen, creo que la sociedad chilena se caracteriza por un

"miedo al caos" que provoca un deseo ansioso de orden. Sobre este trasfondo, el orden siempre aparece amenazado y, por tanto, termina siendo identificado simplemente con el no-caos. Esta visión defensiva del orden se transmuta en triunfalismo apenas se constata que, en efecto, no ocurre la muerte anunciada. Es decir, el discurso triunfalista no festeja la democracia conquistada, ni siquiera los éxitos de la modernización, sino la ausencia del caos temido.

Más que las razones del triunfalismo reinante, preocupan sus efectos: su ceguera de cara al futuro. No ve la cara oculta del triunfo, los sacrificios que costó una modernización parcial y segmentada; mucho menos ve las oportunidades y desafíos que abre a futuro. Busca eternizar el placer del éxito y, por tanto, congela el presente en una especie de "más de lo mismo" permanente.

Reformularé la conclusión en otros términos. Toda transición pactada tiende a ser fría y cupular, privilegiando la estabilidad por sobre los cambios. En el caso de Chile, la experiencia histórica hace de la estabilidad -política y económica- un verdadero imperativo. De hecho, los acuerdos básicos en torno a la democracia y la economía social de mercado constituyen una prioridad, pero no porque signifiquen un fin en si mismo, sino como premisa para afrontar las nuevas tareas. Sería falaz contraponer consenso y cambios. Por el contrario, la estabilidad

de instituciones y procedimientos es la condición para realizar las transformaciones.

III. Dificultades en una época de mutaciones

Chile representa un particular "laboratorio" de las estrategias de desarrollo en América Latina. Como ningún otro país de la región, en los últimos 30 años el proceso chileno configuró un modelo de "desarrollismo", un intento de revolución socialista en democracia y, finalmente, un modelo de modernización neoliberal bajo dictadura militar. Los experimentos extremos y dogmáticos han cedido lugar ahora a un mayor pragmatismo. Chile ya no pretende obedecer a determinado "modelo", sino responder a los desafíos. Más atento a las condiciones dadas, el pragmatismo es también más indefenso respecto al futuro. ¿Cómo interpretar los desafíos emergentes, cómo establecer prioridades y elaborar alternativas, cómo seleccionar opciones?

Nos encontramos en una época de mutaciones en que los mapas mentales se trastornan. Las anteriores claves interpretativas pierden validez y todavía no se afianzan nuevos códigos. Muy diferentes diagnósticos, opiniones y preferencias se juxtaponen dando lugar a un ambiente de confusión, ambigüedades e incertidumbres. Me parece crucial retener este entorno cultural pues influye tanto en la percepción de los problemas y desafíos

como especialmente al formar expectativas, imaginar soluciones y seleccionar los medios.

Una estrategia experimental como la adoptada por Chile puede ser la más adecuada a una época de rápidos cambios. Sin embargo, el método de "ensayo y error" resulta fructífero solamente si está acompañado por un proceso de reflexión y aprendizaje. Pues bien, me temo que en Chile tenemos un notorio retraso en reflexionar las mutaciones en curso.

1. Un ejemplo es la mutación de nuestra concepción del tiempo. Lo que caracteriza a la época moderna es la perspectiva del futuro. La sociedad se vuelca al futuro y, más específicamente, se apropia del futuro bajo la idea de proyecto. Hoy en día, con la vertiginosa aceleración del tiempo en las últimas décadas, este enfoque ya no logra orientar el proceso social. Ya no es sólo la creciente distancia entre las experiencias del pasado y las expectativas del futuro. En realidad, las experiencias adquiridas rápidamente se desvalorizan y devienen estériles para encarar el futuro. Pero además, apenas logramos formarnos expectativas; recién formuladas ya son obsoletas. Nada pareciera adquirir duración y todo se diluye en un presente continuo. Más que una crisis de proyectos es la idea misma de proyecto y aún nuestra concepción de futuro lo que se encuentra cuestionado.

2. Otro ejemplo es la desintegración del espacio social y la consiguiente erosión de nuestra concepción de sociedad. La trama urbana de Santiago refleja crudamente la segmentación de la sociedad chilena. A las dramáticas desigualdades económicas se agregan distancias sociales y barreras culturales que adquieren nuevas formas y significados desconocidos. Antes las relaciones sociales eran estructuradas en buena medida por los partidos políticos que operaban como una "columna vertebral" (Garretón) de la sociedad. Hoy el mapa político-ideológico ha perdido el perfil y la riqueza de antaño y no se presentan nuevos criterios para estructurar las divisiones sociales (basta recordar la pobreza del término "sector informal" tan en boga). En la medida en que el proceso de modernización disuelve las antiguas identidades colectivas, emerge una demanda de "comunidad". Uno de los desafíos mayores consiste en elaborar nuevas formas colectivas que asuman los procesos de individuación y diferenciación y, por consiguiente, se apoyan en relaciones de interacción y reciprocidad. En caso contrario, surgirán reacciones nostálgicas de identidades cerradas y verdades absolutas.

3. Las dificultades se hacen particularmente palpables en relación a las capacidades de acción y conducción de cara al futuro. Prevalece un enfoque que, en definitiva, adjudica al poder político la responsabilidad exclusiva de producir

los cambios deseados y protegernos de los efectos indeseados. Emblemático de ello es la caracterización predominante del Estado: soberanía ilimitada hacia afuera y máxima jerarquía hacia dentro. Esta visión no se compadece con la realidad. La soberanía de Chile se encuentra hoy muy limitada por la globalización económica; muchas materias que antes eran instrumentos de la intervención estatal (aranceles, política cambiaria, impuestos) hoy están condicionadas por la competencia internacional y/o instancias supranacionales y configuran el parámetro externo de la acción estatal.

También internamente se ha desvanecido el estatuto casi-monárquico que ocupaba al Estado en Chile. De la idea del Estado planificador, prevaleciente hasta los años 70, pasamos al discurso del Estado mínimo o Estado subsidiario en el período de Pinochet para asumir hoy en día la necesidad de una regulación. Esta, sin embargo, ya no es impuesta unilateralmente. En lugar de la antinomia entre el Estado omnipotente y libre mercado, la creciente diferenciación y complejidad de la sociedad chilena ha obligado a desarrollar redes de negociación e intercambio a través de las cuales el Estado acuerda con los actores sociales y políticos las "reglas del juego".

Estos "policy networks" (que operan incluso dentro del mismo

aparato estatal) representan una institucionalidad muy diferente a la que presupone el estatismo. Cabe preguntarse entonces por qué todavía predomina una cultura estatista en la opinión pública chilena. Es cierto que ella no da cuenta del rol y funciones del Estado en la actualidad. Sin embargo, guarda vigencia en tanto expresa una demanda de protección y conducción; demanda inmemorable a la que responde precisamente el "primado de la política" en la época moderna. Hoy en día, ese primado del Estado se encuentra invalidado por una complejidad social que, por otro lado, es percibida como un futuro inmanejable y, por tanto, alimenta las demandas al Estado de procurar seguridad y conducción.

Cada uno de estos tres ejemplos puede dar lugar a un análisis más detallado, pero aquí nos basta ilustrar el desajuste que existe entre algunas de nuestras nociones básicas para abordar la realidad social y, por otra parte, la nueva realidad. Esta escisión tiene consecuencias prácticas. Por un lado, el futuro ya no está al alcance de las concepciones que nos son familiares; por el otro, no logramos reformular nuestras expectativas de acuerdo a las tendencias emergentes. Por consiguiente, el futuro del país aparece como mera multiplicidad de posibilidades, sustraídas a la acción deliberada.

IV. Un futuro en silencio

Resumiendo la independencia, me atrevo a postular la siguiente hipótesis: existe de manera larvada un malestar con la política que expresa una falta de alternativas, la cual, a su vez, refleja la erosión de los mapas cognitivos. No implica una protesta activa contra determinado estado de cosas; representa más bien la reacción frente a una realidad que aparece ininteligible y sustraída a la voluntad humana. Hay una disonancia entre esa percepción de la realidad social y lo que se espera de la política. La política debería manejar las cosas, pero: las cosas simplemente pasan. En ausencia de claves interpretativas que permitan verbalizar la incongruencia, sólo queda un malestar vago y mudo.

Destaco la desestructuración de los mapas cognitivos pues ella genera y acentúa la distancia entre lo político, la experiencia cotidiana del ciudadano a pie, y la política institucionalizada. Esta tiene dificultades crecientes en acoger las demandas difusas de proyecto, comunidad, conducción y protección que señalamos antes. Con lo cual corre peligro en el futuro la articulación entre los dos pilares de la gobernabilidad democrática: la coalición societal y la coalición gubernamental. Actualmente, los dos ámbitos sintonizan por medio de una perspectiva compartida que Aylwin resumió en la siguiente fórmula: armonizar democracia política con crecimiento económico y equidad social.

Este enfoque establece un horizonte para encauzar las decisiones políticas. No ofrece empero una visión sistémica del desarrollo que permita compatibilizar los objetivos propuestos. Dicho en otros términos: falta un mapa que vuelva inteligible la compleja trama de relaciones.

La política y, en particular, el Estado ya no son la instancia de articulación social a la cual está acostumbrada la sociedad chilena. Pero el fenómeno tiene otra cara no menos importante. Al retraimiento (más exacto: transformación) de la articulación política corresponde, por otro lado, un avance del mercado como "modelo" de coordinación social. En este sentido, tiene éxito la ofensiva neoliberal en Chile. El neoliberalismo fracasa como "modelo": no es factible hacer del mercado al principio constitutivo de la organización social. Sin embargo, el discurso neoliberal es exitoso en ofrecer al mercado como una instancia alternativa de coordinación de las relaciones sociales.

Una de las tendencias de mayor incidencia en el futuro de la sociedad chilena radica en la expansión del mercado a esferas no económicas. Tiene lugar un "imperialismo económico" que extiende criterios y mecanismos económicos a otros ámbitos. Así la vida política comienza a ser regida por normas de eficiencia, competitividad y cálculos económicos, desplazando las venerables virtudes públicas de prudencia, confianza y lealtad. Veamos los escándalos que afectan a las democracias europeas y también a

Chile; en algunos casos, se han cometido delitos, pero en muchos otros, no se trata tanto de la transgresión a una norma establecida como del desvanecimiento de los límites entre lo correcto y lo indebido. Las propias normas éticas se diluyen. Cuando la iglesia católica denuncia una crisis moral en Chile, ella apunta a la insuficiente adhesión a los valores consagrados cuando, en realidad, probablemente tengamos una moral en crisis. Persisten las opciones éticas individuales, desde luego, pero ya no hay acuerdo en torno a los valores como norma social.

En Chile, el avance del mercado significa no sólo la privatización de las empresas públicas, sino por sobre todo la privatización de las actitudes, expectativas, y preferencias individuales. Es decir, ocurre un proceso de individuación con débil referencia a la vida colectiva. Este tipo de privatización fomenta actitudes de acomodo, muy creativas en el ámbito individual, pero irresponsables respecto a los bienes públicos. En consecuencia, asistimos a un notorio deterioro de la esfera pública. Ello distorsiona la estructura comunicativa de la sociedad chilena, que encuentra dificultades en definir su futuro en tanto orden colectivo. Sin mapas interpretativos ni espacio para elaborarlos se abre un vacío y quizás la llamada desafección ciudadana no sea sino la expresión de este silencio ante el mañana.